

Jesús Guzmán  
Urióstegui\*

A N T R O P O L O G Í A

*Resumen:* El texto se estructura a partir de diversas entrevistas a mujeres habitantes del municipio de Teloloapan, mediante las cuales se pretendía responder a la pregunta ¿Qué tipo de mujer revolucionaria vivieron los guerrerenses? Se concluye que las hubo de muchos y para todos los gustos, pero sólo algunas fueron féminas de armas en mano, y de éstas una minoría trascendió como “mujeres plenas”; es decir, mujeres de hogar, con marido e hijos. Los testimonios vertidos en el texto forman parte de un proyecto coordinado por Guadalupe Zárate Miguel en 1982, con miras a hacer historias de vida sobre la Revolución mexicana. Partí de dos lecturas específicas: *La negra Angustias* (1944), de Francisco Rojas González, y *Hasta no verte Jesús mío* (1969) de Elena Poniatowska.

*Palabras clave:* historia oral, Revolución de 1910, historia y memoria, mujeres en la revolución.

*Abstract:* The text is structured on the basis of different interviews with inhabitants women of the Teloloapan municipality, that attempt to answer the question: What kind of revolutionary woman did the people of Guerrero experience? It's concluded that there were many of them of all sorts, but only some of them were women armed with weapons, and of these only a minority transcended as “full women”; in other words, housewives with a husband and children. The testimonies in the article are part of a project coordinated by Guadalupe Zárate Miguel beginning in 1982, aimed at making life histories on the Mexican Revolution. I took as a starting point two specific readings: *La negra Angustias* (1944) by Francisco Rojas González and *Hasta no verte Jesús mío* (1969, *Here's to You Jesusa!* [2001]) by Elena Poniatowska.

*Keywords:* oral history, 1910 Revolution, history and memory, women in the revolution.

## Mujeres guerrerenses durante la Revolución de 1910

¿Qué tipo de mujer revolucionaria vivieron los guerrerenses? Las hubo de muchos y para todos los gustos —verdad de Perogrullo—, pero según diez mujeres que entrevisté al respecto sobre ese periodo de nuestro pasado, sólo algunas de las que ellas recordaban habían sido féminas de armas en mano; y de éstas, las menos trascendieron como “mujeres plenas”, es decir como mujeres de hogar, con marido y con hijos: no es lo mismo defender la honra y las pertenencias, que volverse peleonas y andar entre los hombres de igual a igual.

Aclaro que estos conceptos no son míos, sino que surgieron de esas cálidas pláticas que mantuve hace algunos años en el municipio de Teloloapan, a partir de que en 1982 Guadalupe Zárate Miguel nos sacó del salón de clases de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y nos mandó a los terruños para hacer historias de vida sobre la Revolución mexicana.

Llevaba yo dos lecturas específicas como fondo. Una era *La negra Angustias*, publicada en 1944 y que dio a su autor, Francisco Rojas González, el Premio Nacional de Literatura de ese mismo año. La otra obra era *Hasta no verte Jesús mío*, en la que Elena Poniatowska narra la vida de Jesusa Palancares, quien no era guerrerense sino oaxaqueña, pero vivió parte de su periplo revolucionario en las llamadas tierras surianas, sobre todo en la zona del puerto de Acapulco y en Chilpancingo. Dicho texto se editó en 1969.

Con Rojas González la lucha armada no se anda por las ramas. Es la revolución de los pobres, de los desposeídos, la más sangrienta y la más cruel, pero de igual forma la más justa. En Guerrero participaron en ella los costeños pintos, los de las exóticas coloraciones del vitiligo; los indios tlapanecos, cazurros y orgullosos de su linaje; los negros de la Costa Chica, parlanchines y traviosos; los mestizos de la Sierra, tan serenos y temerarios en la pelea como sombríos y trágicos en la paz; los criollos alegres, valentones y descarados; los mulatos impulsivos y majaderos. Todos ellos coincidían en eso de sentirse dueños de la anarquía, celosos y mezquinos con el otro género, a menos que éste justificara su presencia con el permiso de su dueño, o por renegar de su propia sexualidad.

\*Investigador independiente.

En el primer caso el dueño podía ser el padre, el hermano, el marido; en el segundo, que era el de Angustias Farrera, había que cambiar de vestimenta, rechazar el amor, pregonar la dureza del corazón, hacerse machorra, ser más hombre que todos y, así, confundir la querencia por brama e incluso castigar a las demasiado cariñosas, a las demasiado preocupadas por su macho, porque no eran más que ofrecidas y cínicas.

Angustias huyó de Mesa del Aire tras matar al hombre que quiso abusar de ella. Su odio ya era viejo, pues le venía de sus andanzas como pastora, donde le encorajinaba el hecho de que las chivas se ofrecieran al semental barbudo y asqueroso, semejándose éste al hombre en lo horrible, en lo repulsivo, en lo decepcionante.

Carne de deseo, la mulata decide por fin hacerse de la fama bronca de su padre para dejar de ser perseguida; asume por ende la violencia como un acto de regeneración, de cambio, de olvido del pasado. Violencia para acabar con los seductores dándoles en lo que más les duele, cortándoles el orgullo y dejándolos inútiles en su vanidad; violencia para transformar una realidad más por la emoción que por la conciencia; no en vano, argumenta, para todo sirve la bola. Real de Ánimas, Cerro del Zopilote, Estancia de Méndez, le dan una posición de privilegio y ella misma se nombra coronela. Sólo que para que no haya descontentos deja el vestido y se viste con ropa de hombre, con un traje de charro. De manera simbólica, con él ya no necesita de machos que la cuiden, pues ella misma se ha convertido en un macho por derecho y por gusto. No se ve igual, por supuesto, al decir de Rojas González. Cito:

El varonil traje de charro le daba un aspecto curioso; por más que quería ser hombruno, la línea relajada de las carnes ubérrimas, aprisionadas en la estrechez, propia del atavío, realizaban la feminidad, desbordándose en curvas desproporcionadas. La mujer se movía dentro del traje masculino con una torpeza risible [...] en otras circunstancias. El gran sombrero de pelo echado sobre las cejas y las cartucheras cruzadas en el pecho complementaban la peregrina vestimenta.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Francisco Rojas González, *La negra Angustias*, México, FCE, 1985, pp. 106-107.

No obstante, este aspecto, sus ojos fieros y su puro permanente, más su beber al parejo de los demás, su tos ronca y sus gruesos escupitajos, traían embobada a su gente, la que no obedecía a nadie más que a ella. Así fue en Guerrero, y así fue en Morelos; hasta que un profesor güero y catrín le llenó el ojo. Ahí cambió todo, se volvió sumisa, mansa, se bañó, se engalanó con polvos de arroz, se puso agua florida y se peinó en dos trenzas, dejando su enorme sombrero de palma. Pero también dejó de lado a su gente zapatista, la que no entendió sus afanes de querer ser educada. La decepción fue inmediata: la Revolución no se hizo para las viejas, echar bala no era su oficio, mandar menos. Acompañar y servir sí, que para eso era el puente de la querencia. Lejos quedó la negra Angustias, que salió aporreada de la *revolufia* y terminó como la casa chica de uno de los profes acomodaticios del movimiento.

Por su parte, en *Hasta no verte Jesús mío* la zapoteca Palancares nos ofrece sus recuerdos sobre la Revolución en Guerrero durante los años de 1914 a 1917. Ratifica que aquí las mujeres soldaderas no eran de armas, sino de avanzada y espionaje o levanta campamentos, mas nunca eran tomadas como enemigas, independientemente del bando al que pertenecieran. Asegura que esto era ley sobre todo para los zapatistas. Al respecto, cuenta que yendo ella y otras mujeres como expedición trajinera carrancista con los implementos de la cocina, fueron encontradas por fuerzas del suriano y llevadas a la presencia de éste. Ahí, tras interrogarlas, Zapata mismo las regresó a Chilpancingo, donde las entregaría al padre de la Palancares, no sin antes pedirle que viera la forma de que a las casadas se les recibiera sin castigo alguno por parte del respectivo marido, sobre la base de que no tenían nada de qué avergonzarse. Dice ella de su encuentro con el general:

Nos quedamos con él de avanzada como quince días en su campamento que estaba re bien escondido. Nos mandó poner una casa de campaña juntito a la de él y a la de la señora comidera. Zapata mandaba a su gente a traer todas las provisiones y nos daba pan, café, azúcar, arroz, frijoles y carne salada. Comimos mejor que con los carrancistas. Los soldados se pasaban todo el día atendiendo a sus caballos, restregándolos con paja o si no buscaban arroyos y hasta ríos para hacer rebalses con piedras y cortarles el agua a los carrancistas. En el bosque tronchaban árboles

para levantar sus empalizadas. Los zapatistas, ellos, nunca tuvieron sed.

Cuando el general Zapata supo que toda la corporación estaba ya en Chilpancingo, nos dijo: —Vénganse conmigo para ir las a entregar una por una.

Se quitó la ropa de general, se puso unos calzones blancos de indio, un gabán y un sombrero y allá vamos. Iba desarmado, luego le dijeron los oficiales que si se reunían para acompañarlo, no lo fueran a atacar.

—Vamos de escolta, mi general.

—No, ustedes se quedan aquí en la orilla del río, aquí me esperan. Si dentro de tanto tiempo no comparezco, entonces hacen fuego.

Ya los distribuyó a toda la orilla del río. Entonces ellos insistieron.

—Mejor lo acompañamos.

Les dijo que no, que iba solo y que si le tocaba morir, que moriría haciendo un bien, pues quería demostrarles a los carrancistas que él peleaba por la Revolución y no apoderándose de las mujeres.<sup>2</sup>

Añade Palancares que por lo regular las mujeres no estaban pendientes de los combates. Con su canasta en el brazo, su plato, su taza, su jarra y una cazuela para freír la comida, las pistolas o los rifles hasta les estorbaban. Iban más bien pensando en qué hacer de comer, en cómo obtener agua y demás bastimentos. Eso unas, que salían dos o tres horas antes que los demás, para que al llegar al sitio adecuado prepararan la comida. Las otras, las más, se quedaban a levantar el campamento, arreando lo que se pudiera; eran las de la impedimenta.

Obviamente aquí no se incluían las pocas que tenían pistola o fusil, algunas de las cuales también tenían caballos e iban al parejo que los hombres, sin hacer distinción de géneros, pues ellas, al jalar igual que los demás y vestirse como hombres, se hacían soldados de hecho y de derecho, lo que a su vez implicaba que no se les considerara como mujeres plenas, sino como machorras. Claro es que también estaban las que marcaban el punto intermedio: las medio machorras, mujeres que acompañaban a sus hombres en los combates para cargarles

<sup>2</sup> Elena Poniatowska, *Hasta no verte Jesús mío* (23ª edición), México, Era, 1984, p. 75.



Figura 1. Romualda Rabadán Jacobo, campesina de Tlajococtla, a sus 102 años de vida.

el fusil con balas, de manera que no se perdiera el tiempo en las batallas.

### Los testimonios

**E**l recuerdo, la conciencia del ser y el hacer permite sin duda una revaloración del pasado, un acercamiento a aquello que nos pertenece y nos concientiza sobre lo que queremos. Por eso es importante luchar contra el olvido. Y por eso es importante hablar una y otra vez de nuestra historia, dada su utilidad.

La Revolución tiene muchas caras, demasiadas vivencias que se volvieron cotidianas en muy corto tiempo, obedeciendo a tiempos álgidos, violentos por necesidad. Ésta es una síntesis de cuatro de esas vivencias, las que no pretendo que sean totales y unívocas, sino sólo representativas de una amplia gama de posibilidades de vida. No me interesa tampoco hacer una revaloración teórica del quehacer femenino durante el periodo que nos ocupa; únicamente pretendo mostrar sus voces sobre lo que recordaban de la fiesta de las balas, título este último que le endilgó Luis González y González a la Revolución basado en un capítulo del

célebre libro *El águila y la serpiente*, escrito por Martín Luis Guzmán.

1) Romualda Rabadán Jacobo nació en 1899 en la hacienda de Tlajocotla. Su padre trabajaba de peón en los cañaverales, sirviendo a Florencio M. Salgado. Según ella, este amo no era malo, aunque sí ladrón y ambicioso, pues aparte de apoderarse de tierras de los campesinos y pagarles poco, también tenía convenios con arrieros para que le llevaran oro de las minas de Campo Morado, lo que le atrajo pleitos incluso con el gobierno del estado. Cuando llegó la Revolución, la gente no quería meterse a las armas, asegura, hasta que Jesús H. Salgado pasó por ahí y los incitó, diciéndoles que tenían que luchar para defender su tierra. Entonces se acabó la paz, añade, porque aunque varios hombres no tardaron en regresar, comenzaron a exigir posesiones que nunca habían trabajado, o bien que ya eran de uso y costumbre de otros.

Para acabar con tal situación, hacia 1915 la en ese entonces joven Romualda decidió organizarse junto con otras mujeres del lugar para dividir la hacienda por lotes familiares, procurando que todos los pobres fueran beneficiados. Adujo:

Antes de eso yo andaba triste. Murió mi mamá y yo sólo pensaba y pensaba. Solita en el mundo, con mi papá en la guerra ésa. Con mi mamá en el camposanto. Y luego que nos querían quitar la tierra. Me entró el miedo, y ése es cosa *juerte*. Vueltas y vueltas y nada, hasta que me decidí. Voy y busco a mi vecina, una señora grande y que le platico. No estaba el amo, había huido lejos de la tierra; y que juntamos a más señoras, ninguna de aquí se fue a la pelea, pues eso era cosa de hombres. Ya juntas, que nos vamos por partes. De aquí a aquí, de aquí a allá, y de aquí a aquí. Y así hasta terminar. No dejamos que nadie nos ganara. Cuando vino mi papá, me dijo: "Hija, ya peleaste. Si te queda la tristeza, mejor no pienses, *juma*". Y desde entonces *jumo*. Antes más, ahora sólo cinco o seis cigarros al día.

Ya en los años veinte, esta división impuesta por doña Romualda y su grupo sirvió de base para el pleito legal contra los herederos de Florencio M. Salgado, para el nuevo reparto de tierras y para la creación de nuevos

pueblos, pero ni ella ni ninguna otra mujer participaron ahí. Ya no había por qué, concluyó, pues ya habían regresado los hombres. Éstos fueron los que negociaron para quedarse con el Ojo de Agua, cediendo parte de la corriente y algunas tierras de los alrededores para los pueblos vecinos.

2) Doña Luisa, quien no quiso dar sus apellidos, dice que nació en Tierra Caliente, por el rumbo de Tlalchapa. Desde pequeña fue una errante debido a que su padre no se quedaba quieto, buscando acomodo de un lugar a otro, buscando trabajo donde se pudiera. Los encontró la Revolución por el rumbo de Ixcapuzalco, siendo el jefe de familia muy amigo de los hermanos Basave. Ella apoyó a su padre en sus periplos militares primero como zapatista, pero después, enojado con Adrián Castrejón, como carrancista. Así lo refiere la misma:

Yo nunca disparé un arma ni me vestí de hombre. A veces usaba sombrero y a veces no. Con mis trenzas así arriscadas no. No era machorra como otras que hasta gritaban en medio de la balacera. Ahí estaba yo junto con mi mamá, listas con la comida, listas con el agua para servir a mi papá. Eso hacíamos las mujeres. ¿Qué más querían? Tampoco era machorra María Félix Basave, pero ella sí que se distinguió no recuerdo si en 1915 o 1916, sepa Dios, cuando Castrejón atacó la plaza de Ixcapuzalco. Echada al piso, panza abajo, bien que cargaba con parque las carabinas de sus hermanos Bartolo y Francisco, para que no dejaran de disparar contra ese diablo de Apaxtla. Con ella huimos luego para el Estado de México, y con ella regresamos. Sí que era valiente la mujer.

Después de este periplo, la joven Luisa y su padre se dedicaron al comercio en Teloloapan y en Iguala, actividad con la que lograron algo de dinero y de bienes.

3) De familia liberal y con más de ochenta años a cuestas, en 1986 la profesora Consuelo Velázquez todavía mantenía un odio muy marcado hacia Jesús H. Salgado. No estaba en contra de la Revolución, no malquería a los campesinos zapatistas, pero sí a tal personaje.

Sucede que su padre, Vicente Velázquez Salgado, profesionista y comerciante prominente, liberal concreto,

lector asiduo del periódico *Regeneración* e impulsor del maderismo en Teloloapan, Tetela del Río, Cuetzala y otros puntos, entró en contradicción con aquél y fue asesinado. La familia no tuvo más opción que aguantar, escondiéndose donde podía pero sin huir del terruño, buscando no romper la estructura económica ni la postura de clase, negociando aquí y allá con los dueños de la plaza, sin importar quiénes fueran los mandones del momento. La Revolución justificaba todo, menos a Jesús H. Salgado:

Nosotros no nos preocupamos. Nadie nos dio problemas, sólo Salgado. Con los demás nos escondíamos un rato; con él ni salíamos. Tres palabras lo definen: ladrón, asesino, cobarde. Ladrón porque no respetaba nada, se robaba vacas, caballos y hasta mujeres y niños. Si se las iban a pedir, jamás regresaba cosa alguna; asesino porque a sus enemigos los mataba, como hizo con mi padre; y cobarde porque nunca peleaba de frente. Yo no sé por qué muchos dicen que fue un héroe, si en la guerra se escondía como mujer. Éste era su dicho:

Si son muchos corremos,  
si son pocos nos escondemos,  
si no hay nadie,  
al ataque que para morir nacimos.

Nosotros apoyamos a la Revolución porque don Porfirio ya no servía, porque traicionó todos sus principios. No fuimos de armas, pero sí ayudábamos a la gente pobre que no tenía recursos ni para comer; sufrimos, pero nos gustaba el ideal de Zapata, un hombre grande y fuerte, que lo digan mis hijas, pero no queríamos a Salgado, pues era malo; eso también se lo enseñé a mis dos hijas, que se lo digan ellas también.

4) Cierro con Evila Franco Nájera. Nació el 30 de mayo de 1888. Para ella, que ya tiene su libro,<sup>3</sup> la Revolución fue sobre todo un acto de justicia en favor de los pobres, cada vez más precarios y sin apoyo por parte del gobierno del viejo Porfirio Díaz. Mujer culta y liberal, entiende que una gesta de este tipo provoca desórdenes y reacomodos, por lo que los acepta en lo que tienen de búsqueda de cambio y transformación social, pero los critica si no van más allá del lucro y del beneficio personal, como si se

<sup>3</sup> Jesús Guzmán Urióstegui, *Evila Franco Nájera, a pesar del olvido*, México, Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1995.



Figura 2. Evila Franco Nájera, profesora rural federal, comprometida con los ideales de Emiliano Zapata y de Lázaro Cárdenas.

tratara sólo de hacer tabla rasa del pasado. Por eso dice que en el Teloloapan de 1912:

Una de las cosas más criticables de los revolucionarios es que, a los dos días de haber entrado, mandaron quemar los archivos. Debajo de la plataforma del salón de actos del Palacio Municipal había muchos documentos antiguos que sacaron para hacerlos pedazos y quemarlos, papeles que no debieron destruir. Desde su llegada, varias gentes de aquí tomaron partido con ellos y se les unieron, pero de los que conocí ninguno hizo nada bueno por el pueblo, todos buscaron su provecho, como un profesor que se volvió revolucionario pero no hizo ni el intento de defender el archivo. También se dice que, cuando los pronunciados entraron en Iguala, varios de los de aquí se trajeron muchos muebles para sus casas.

Entiende además que si se deseaba un cambio real, no se podía dejar de lado la educación. Gestiona así la fundación de escuelas, comprometiéndose por ello a recoger a los niños casa por casa, darles las materias básicas y luego regresarlos de igual forma a sus hogares, uno por uno y día tras día. Agrega que revolucionarios y todo, muchos de los que se decían profesores se hicieron guajes y no colaboraron, pero que tampoco faltó el que sí le entrara, fuera rebelde o no. Añade que quienes se comprometieron más para la docencia fueron las mujeres, las que tuvieron que aprender a soportar cualquier peligro y circunstancia, con el propósito de aprovechar el mínimo recurso que cayera en sus manos:

Nunca tuvimos un sueldo completo, pero ahí estábamos. Además, como en ocasiones no había dinero, generalmente nos daban un vale de 7.50 pesos cada semana, vale que a veces había que ir a intercambiar hasta Iguala, más que ir a cobrar. Como ya le dije, nadie nos daba ni gis ni pizarrón. Nosotras cosíamos y remendábamos todo lo que nos pudiera servir. Se estudiaba con el libro que se tuviera en casa, pero no se desaprovechaba el tiempo. Era la única manera para que los niños y niñas no se quedaran sin educación. Si nos iba bien y había diversos productos, por el vale nos daban arroz, maíz, frijol, etcétera. Otras veces nos teníamos que contentar con puro piloncillo que los rebeldes recogían de la fábrica de Atlixnac. Luego teníamos que vender el piloncillo para ayudarnos. La panocha nos servía para pagar la leche.

De mis entrevistadas, Evila Franco Nájera, profesora rural federal, es la única que no hizo juicios de valor sobre las mujeres en armas. Vistieran como vistieran, participaran como participaran, no dejaban de ser mujeres. Así describe a una de ellas, la afamada Amelia Robles:

En los ejércitos revolucionarios no faltaban las mujeres. Tampoco en los de los federales, pero en los primeros había unas muy distinguidas. Cuando llegaron los zapatistas venía con ellos una mujer güera, joven y guapa que siempre vestía bien. Sus uniformes eran casi nuevos y los lucía con sus buenas botas, mientras que sus trenzas rubias las metía en el sombrero. No sé qué cargo tenía, pero mandaba su buen número de soldados. Decían que era de Apipilulco. No sé dónde tenía su cuartel. La conocí aquí en Teloloapan un día que fui a que me vendieran maíz. Los rebeldes habían decomisado el maíz para después venderlo. Lo tenían en la casa donde ahora está el banco, y ahí estaba ella. La gente no la llamaba por su nombre, sólo la nombraban *La Güera*. Después de que terminó la Revolución corría el rumor de que en Apipilulco tenía su buena casa y que era rica. Quién sabe si ya lo era desde antes o hizo fortuna en ella.

Consciente de que cada quien tenía que cumplir con su obligación sin importar la trinchera en que se encontrara, reconoce el valor de las mujeres de armas pero no por ello las considera mejores que las otras, las educadoras, las amas de casa, las campesinas. En todo caso las balas no eran lo primordial, sino los afanes de lucha. Así,



Figura 3. Revolucionarios en Teloloapan, Guerrero; del lado derecho se encuentra Carmen López alias *La China*.

si se mantenían éstos se podían lograr muchos avances en lo político; de lo contrario el resultado era desalentador, pues no iba más allá de la obtención de algún bien económico o de determinada riqueza. No es de extrañar, por ende, que sus conclusiones sobre semejante acontecimiento de armas no sean en lo absoluto optimistas:

La Revolución sirvió para que mucha gente rica se hiciera más rica, para que otros la perdieran, y para que otros más, saqueando casas, robando muchachas y pidiendo rescate en alhajas y dinero, se hicieran de ella. Poco ganaron los que de veras lucharon por mejores condiciones de vida. Aunque duele y cansa, a mí me gusta platicar de la Revolución porque no soy de los que piensan que si algo ya pasó ni acordarse de ello. Al contrario; me gusta platicar, no de mí, sino de lo que vi. Para poder apreciar la historia hay que vivirla. Para poder apreciar la Revolución había que estar ahí. Yo la viví, yo la recuerdo, y por eso puedo decir que no es lo mismo que se la narren y lean a uno. Por la lectura nos enteramos, pero no es lo mismo: por eso digo que a veces la Revolución es necesaria, aunque horrible.